

REVISTA DE TEATROS.

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y ARTES.

EXÁMEN FILOSÓFICO,

DEL TEATRO ESPAÑOL.

Relacion del mismo con las costumbres y la nacionalidad
de España.

X.

(Conclusion.)

Nuestros poetas, pues, teórica y prácticamente conocieron lo que debía ser el teatro moderno, y acertaron en ello, como después probaremos; y no la vil ganancia, ni el deseo de popularidad y de efímeros aplausos, fueron, como se ha dicho alguna vez, el móvil que impulsó á nuestros mas sobresalientes ingenios á adoptar la marcha audaz y triunfal de sus comedias: fuélo sí la comprensión instintiva de la sociedad, de las costumbres y sentimientos del pueblo español.

Mas volviendo á las comedias del autor de la *Bética*, y dejando para otro lugar el examen de lo perjudicial que pudo ser á la perfección del drama, la indefinida libertad, que nuestros poetas se permitieron, se vé en aquellas, como antes hemos anunciado, elevada la versificación y la dramática á ese tono altivo, grandioso, sublime, que es el carácter distintivo del teatro español. En el *Saco de Roma*, que tiene por objeto el célebre asalto y toma de esta ciudad por el general Borbon en tiempo de Carlos V, hay grandeza en los sentimientos y en la versificación, y son notables por su fuerza y energía los versos siguientes:

1.^a SERIE, TOMO I, ENTREGA 11.^a

«Estraño ha sido el riguroso estrago,
Que en Roma habemos hecho con victoria,
Dándole el justo y merecido pago
A su loca y altiva vanagloria.
Lástima daba ver el rojo lago,
Que por las calles iba, cuya historia
Roma celebrará en eterno llanto,
Y á España ensalzará en divino canto.» (1)

Pero la comedia, donde campea mas ese tinte caballeresco y heroico de nuestra literatura dramática, es la del *Infamador*, del mismo Juan de la Cueva, representada por Alonso Cisneros en 1581. Eliodora, doncella honesta, resiste todas las insinuaciones de Leucino. Este, viendo inútiles sus esfuerzos, pretende forzarla: ella mata al criado que quiere arrebatarla; llega la justicia, y Leucino la infama diciendo haberla correspondido por espacio de dos años, pero que amaba verdaderamente á su criado, á quien Eliodora ha dado muerte, zelosa por haberlo descubierto á su señor. Venus, Nemesis, Morfeo, Diana, y varios salvages enviados por esta, son personajes en esta comedia. Condenada Eliodora á muerte, Diana defiende la cárcel por medio de dos salvages, hace que Leucino se retracte, y sabida la verdad, sentencia á pena de fuego á Farandon, que habia declarado contra Eliodora, y á Leucino á ser echado al rio Bétis, pena que la Diosa, á instancia de este, conmuta en la de ser enterrado vivo. Esta comedia se halla vaciada en ese tipo maravilloso y elevado de nuestras costumbres, y es muy notable para conocer la fuerza del sentimiento del honor, el diálogo de los padres de Eliodora y Leucino, pidiendo cada uno al juez que su hijo sea el condenado; y la siguiente exclamacion de Ircano, padre de la primera.

(1) Pag. 257, tomo 4 del Tesoro del teatro español del señor Ochoa, edicion de Paris de 1858.

«Rompa la voz de mi lloroso acento
 Las sídeas regiones; oiga el mundo
 Mi mal, y la crueza, que hoy intento;
 Y nadie entienda, que en crueza fundo
 Dar á mi hija muerte, cual dar quiero,
 Ni que me inspira furia del profundo:
 Que yo no tengo el corazon de acero,
 Ni nací de los riscos y montañas,
 Ni me crió dragon; ni tigre fiero.
 Hombre soy, de hombre tengo las entrañas:
 Tiernamente cual hombre me lastimo,
 Y lloro mis fatigas tan estrañas.
 Mas deste sentimiento me reprimo,
 Viéndome por mi hija en tal afrenta,
 Que su muerte no siento, y mi honra estimo:
 Y así aunque muera, es causa que no sienta
 Con la ternura, que debía, su muerte,
 Viendo ser ella la que así me afrenta
 Ejemplo es este, que al varon mas fuerte,
 Y de mayor constancia, pondrá espanto.
 Pudo el honor de Ipodamante tanto,
 Viendo su hija de Archeloo forzada,
 Que le dió muerte sin oír su llanto;
 Orcamo enterró viva su hija amada,
 Porque la robó Apolo su pureza,
 Dándola así á su honor sacrificada:
 Pues si destos se canta por grandeza,
 Dar á sus hijas muerte por su honra,
 Dársela yo á la mia no es crueza;
 Que no me ofende menos, ni deshonor
 La maldad, que mi hija ha cometido,
 Si la nobleza de quien soy me honra » (1).

Estos sentimientos, que el poeta supone en un noble, pueden dar una idea de la delicadeza y severidad de nuestras costumbres, debidas al principio de honor, tan fuerte y poderoso en las clases aristocráticas, y de las cuales pasó en España á las inferiores. Consistiendo la cualidad de caballero, como decia el obispo Guevara á don Antonio de Zúñiga, prior de San Juan, en una de sus cartas, *no en ser limpio de sangre, ni rico en joyas ni en vasallos, sino en ser medido en el hablar, largo en el dar, sóbrio en el comer, tierno en el perdonar, honesto en el vivir, y animoso en el pelear*, el sentimiento del honor engrandecía y elevaba la dignidad moral del hombre, era la espresion de todas las virtudes, y contribuía especialmente á fortalecer el principio de familia, y á tener la mas alta idea del pudor de las mugeres. En cambio de esta severidad y recato propio de nuestras costumbres, ningun país escedió á España en el respeto y deferencia romancesca hácia el bello sexo, y este rasgo distintivo de nuestro teatro, se le vé en Juan de la Cueva, como le notamos antes en Torres Naharro. El

poeta hace aparecer en una escena á Eliodora disgustada por haber leído al Arcipreste de Talavera y á Cristóbal de Castillejo, que hablaron mal de las mugeres.

Porcelo. Cuanto mejor le estuviera
 Al reverendo Arcipreste,
 Que componer esta peste,
 Doctrinar á Talavera.
 Y al secretario hacer
 Su oficio, pues de él se precia,
 Que con libertad tan necia
 Las mugeres ofender.

Eliodora. Ciertó que tienes razon,
 Y en eso muestras quien eres,
 Que decir mal de mugeres,
 Ni es saber, ni discrecion.

En Naharro, como en Juan de la Cueva se encuentran ya las libertades, que despues se permitieron nuestros mas distinguidos ingenios, y á lo heróico y maravilloso de los sucesos se mezcla la pintura de las malicias, bufonadas y chocarrerías de criados, rufianes y mugercillas. ¿Fué esto favorable ó perjudicial al progreso de la comedia española? ¿Hay causas, que independientemente del arte espliquen esta marcha desde el origen mismo de nuestro teatro? aventuraremos sobre ello algunas ideas que sometemos gustosos á la censura y criterio del público. No seremos nosotros por cierto, quienes aplaudamos todos los desvíos y extravagancias que puedan hallarse en las producciones de nuestros poetas de primero y segundo órden; no negaremos tampoco, que mayor estudio y correccion, mas tiempo en la formacion de sus piezas, mayor detencion en la combinacion de los resortes y medios dramáticos, hubiesen dado á sus obras una perfeccion, de que generalmente carecen: tan cierta es la observacion para nosotros, que estimamos en mas á Rojas, Triso de Molina, Alarcon y aun á Moreto como autores cómicos, que á Lope de Vega; porque los primeros sin dejar de pintar las costumbres españolas, y sin sujetar su genio á las unidades clásicas, hicieron algunas comedias acabadas, debidas á un esmero y cuidado que inútilmente se buscaria en la fecunda é inagotable vena del insigne poeta, que segun el dicho del señor Quintana, dió en todos los géneros muestras de desolacion y de talento. Empero estas convicciones no nos impiden pensar, que nuestros poetas dramáticos, prescindiendo de algunos desvíos, acertaron en la eleccion de argumentos, acertaron en emanciparse de las reglas de Aristóteles, estuvieron felices en el desempeño y combinacion teatral, y en el cuadro tan vivo y variado que ofrecen sus comedias.

Para demostrar esta asercion, nos será necesario esponer algunas consideraciones filosóficas sobre la literatura y las bellas artes, y so-

(1) Pag. 280, del primer tomo de la citada coleccion de Ochoa.

bre la civilización y costumbres de la Europa moderna. Cuando fijado un crítico, como en un punto inmóvil é inconvertible, en los preceptos de Aristóteles y Horacio, somete absolutamente á los mismos las creaciones del genio, nos parece errar profundamente y desconocer lo que hay universal, abstracto é inmutable en la literatura y las bellas artes, y las modificaciones y diversa fisonomía que estas y aquella presentan, según los sentimientos, ideas y costumbres de cada país. Hay, es verdad, en la naturaleza un bello ideal, que es de todos los tiempos y pueblos; hay también en los hombres de todas las épocas un sentimiento de lo bello, porque á todos los hombres ha dado el cielo imaginación y corazón para concebirlo y sentirlo. Pero cabalmente este sentimiento de lo bello, esta belleza absoluta, por decirlo mejor, es de suyo infinita, indefinible, casi inesplicable: ella no admite reglas, ella no se dirige á la cabeza, se dirige al corazón y á la imaginación. Por eso las más elevadas inspiraciones del genio son siempre intuitivas; por ello, cuando admiramos la consumada obra de un pintor, ó el sublime rasgo de un poeta, concebimos; sentimos y no razonamos; y por eso también, cuando queremos juzgar y darnos cuenta de las producciones literarias y artísticas, nos valemos de imágenes y sentimientos, porque hijas de la imaginación y del corazón, no admiten otro lenguaje ni expresión que el especial de la imaginación y del corazón. Las reglas, pues, ni son la poesía, ni la darán jamás: ellas no son admisibles, sino en lo que esta y las bellas artes tienen de material, de ejecución y de combinación. Estamos muy lejos de negar su importancia, y de desconocer lo que las formas pueden servir á la perfección; avanzamos más: creemos con la Harpe, que una obra literaria ó artística no será acabada sin la feliz alianza del genio y del arte, de la belleza esencial y de la belleza de formas. Mas sin embargo, tenemos la más profunda convicción de que la belleza ideal y la belleza artística no tienen un tipo fijo, marcado, definitivo: nos parece por el contrario, que ambas en su expresión, en su realización humana, son infinitas, variables y sujetas á las modificaciones de la sociedad, de las costumbres y sentimientos de cada país, del genio de cada artista ó poeta. ¿Qué diferencia tan notable no presentan las tragedias de Sófocles y las de Shakespeare? ¿Qué contraste tan marcado no ofrecen la pintura y escultura antiguas, que son la idealización de la materia y de las formas con los cuadros de Murillo y Rivera, que son la más profunda expresión del espíritu y del alma? ¿Los anfiteatros y edificios greco-romanos y las catedrales góticas de la Europa cristiana? ¿Qué distancia no existe tanto en el fondo como en las formas entre las producciones de Homero y las producciones de Byron? Y sin embargo á cada uno pertenece su gloria, y no sere-

mos nosotros quienes se la disminuyamos un ápice. ¿Por qué pues creaciones tan diversas y aun opuestas en el fondo y en las formas nos agradan, sin embargo, conmueven y encantan? Porque la belleza ideal y la belleza artística son infinitas y variables; porque, como antes hemos manifestado, no tienen un tipo fijo, marcado y definitivo. Los clásicos nos citarán algunas reglas, que será siempre preciso observar; pero ellas entrarán en el círculo de esas vulgaridades triviales, que todo el mundo conoce, y que inspira lástima, ver que se afectan darles tanta importancia.

Ahora nos será ya fácil juzgar la literatura moderna y cuanto se refiere á ella. Si la poesía y las bellas artes, aunque universales y reconociendo un origen divino, son siempre la expresión más ó menos cumplida de los sentimientos y costumbres de los pueblos; si ellas presentan una fisonomía diversa en el fondo y en las formas, según el genio de cada país y de cada hombre: ¿podremos jamás señalar un tipo invariable de perfección, y condenar al desdén ó al olvido cuanto se aparte de él? Claro es que no; y que en vez de calificar las producciones artísticas y literarias según el modelo de la antigüedad, las debemos juzgar con arreglo á las circunstancias y estado de la sociedad en que nacieron. Es preciso elevar un poco más la literatura y las bellas artes; es necesario dejar de examinarlas exclusivamente bajo el aspecto árido é infecundo de la parte crítica ó doctrinal: hoy que los estudios históricos están haciendo una revolución en las ciencias morales y políticas, deben también extender sus consideraciones filosóficas á las bellas artes; y es indispensable decir á los preceptistas, que estas se hallan destinadas á satisfacer las necesidades morales de los pueblos, que ellas se dirigen á la imaginación y al corazón de los hombres, y que deben estar en relación con las creencias y vida moral de cada país, so pena de ser estéril é infecunda su elevada y sublime misión. Si, pues la literatura y las bellas artes son el reflejo más ó menos exacto de las costumbres y sentimientos de la sociedad, ellas no podrán menos de ofrecer una fisonomía diversa según las épocas y las ideas de cada pueblo. ¿No sería por ello solemne anacronismo y profunda aberración pedir á la literatura moderna el fondo y las formas de la literatura antigua? ¿No es una observación reconocida por todos, que el cristianismo y las costumbres de los pueblos del Norte cambiaron la vida íntima, moral y exterior de la Europa, y crearon una nueva sociedad con nuevas ideas y sentimientos? ¿Qué es, pues, lo que debe pedirse de los poetas y artistas modernos? Lejos de exigirles la servil imitación de la antigüedad, lejos de agradecerles la pálida copia del genio antiguo, debemos esperar de ellos originalidad, creación. ¿Y cómo se logrará esto? De ningún modo si-

guiendo y venerando los antiguos modelos, sino presentando todo lo que hay nuevo, poético, interesante y maravilloso en la vida y costumbres de la Europa moderna. ¿V cuáles han sido los caracteres distintivos de esta vida y de estas costumbres? Nada hay mas vario, romanesco y dramático. Toda la poesía de la Europa moderna se halla en la edad media, en la época del feudalismo, en estos tiempos de desorden y anarquía material, pero en que la religion, el amor y el honor prestaban un impulso uniforme á las acciones de los hombres, y producian los sacrificios mas heróicos, las situaciones mas profundas y trágicas, las aventuras y proezas mas estrañas y singulares. Los principios que dirigian las naciones eran los mismos: empero el desarrollo individual se ostentaba en todas partes vario, estraño y maravilloso. Aunque se reconocian diferencias en las clases sociales, jamás del modo fijo y definitivo con que se establecieron en el siglo XVI, y con que estamos acostumbrados á considerarlas hoy. La religion y la guerra tendian á unir todas las clases, y confundian en muchas ocasiones al rey, al noble, al plebeyo y al sacerdote, entre los cuales no existia la distancia inmensa, que la vanidad, la gerarquía y la etiqueta consagraron despues con el triunfo de las monarquías absolutas. La vida del individuo, hasta esta época, era una especie de continuada novela; y desde los salones de palacio se pasaba con frecuencia á los campamentos, desde el tumulto y agitacion de la política y de la guerra á la quietud y soledad del claustro. Un carácter, pues, de variedad y de romanticismo distinguió las costumbres de la Europa bárbara y feudal; y la literatura y las bellas artes, lejos de ofrecer el monótono cuadro de la sociedad antigua, debieron presentar el diverso, animado y dramático reflejo de la sociedad moderna. Ahora bien, si la literatura es siempre la expresion mas ó menos cumplida de las costumbres y sentimientos de un pais, y estos tenian un carácter tan variado, romanesco y original en Europa, y sobre todo en España, ¿será de estrañar que nuestros poetas dramáticos se emancipasen de las reglas de Aristóteles, é hiciesen esa mezcla de cómico y trágico, de bajo y sublime, tan reprehendida por los preceptistas? ¿Se admirará tampoco ver en sus comedias ese tinte novelesco y maravilloso, que tan severamente se les censura? Pues qué, ¿les hubiera sido imposible interesar, ni conmover al público, ser verdaderos en la pintura de las pasiones y costumbres tan variadas y singulares de la historia de su pais, sujetándose á las unidades de tiempo y lugar? Claro es que no. ¿La mezcla de lo sério y ridiculo, de lo cómico y trágico, sobre estar en el órden natural de las cosas, no contribuiría estraordinariamente á hacer mas vivo, mas fiel y exacto el cuadro que ofrecian? Si se complacian en los sucesos novelescos y mara-

villosos, que hoy con nuestro espíritu de cálculo, de razon y de filosofía no podemos sufrir; ¿no se dirigian, por ventura, á un pueblo de imaginacion novelesca y maravillosa, y cuyos recuerdos históricos eran tambien maravillosos y novelescos? Nuestros poetas, pues, acertaron en abandonar los preceptos de la antigüedad, en presenciar en sus comedias las costumbres y sentimientos que debian interesar al pueblo español, y en hablar á este pueblo con las formas y lenguaje que él entendia. Si de otra suerte hubieran procedido, es bien seguro, que no podriamos hoy hacer alarde de tener un teatro nacional: gloria estimable, y de subido precio, en la que ningún pais puede competir, ni rivalizar con el nuestro.

F. G. DE MORON.

REVISTA DE LOS TEATROS.

EL ZAPATERO Y EL REY,

SEGUNDA PARTE.

No hay traduccion á que demos un solo quilate de precio si al lado se compara de un original mediano: cuando el original aparece de un calibre como el del *Zapatero y el Rey* es á las traducciones lo que el rocío á las escarchas, lo que la luz á las tinieblas. Sentada esta doctrina, permitasenos prescindir de la *Cisterna de Alby* y de la *Loca*, ejecutadas últimamente sin mas aceptacion que la obtenida en el pais de donde son oriundas, y así nos dedicaremos con mas holgura á decir lo que se nos alcance del drama, que reúne en la Cruz numerosa concurrencia en estas noches, sin que nos arredre qué plumas menos indóciles que la nuestra analicen á su sabor el cabal engendro del señor Zorrilla.

Pocos personajes ofrece la historia tan agobiados por la calumnia como don Pedro de Castilla: partiendo de equívocos y sospechosos datos que apunta un cronista, su mortal enemigo, se complacen cuantos sobre él han escrito en oscurecer sus visibles actos de justicia con los desafueros de la mas espantosa crueldad. Justificanle los poetas penetrando al través de las imposturas que le acumularán adversarios sañudos, y al paso que desvanecen las espesas sombras que empañan el cuadro borrascoso de aquel reinado, animan la figura colosal del monarca de Castilla, ya le bosquejen sofocando la voz de inmundos palaciegos para prestar oídos á las ínfimas clases, ó rondando á deshora las calles de su ciudad para enterarse por sí mismo de las necesidades de su pue-

blo, y siempre en alarma contra magnates ambiciosos, y bastardos inicuos que no perdonaron medios de labrar su ruina y admitieron para lograrla, socorro de estraña grey.

Sin duda que un soberano tan combatido por la mala estrella que de azar en azar y de infortunio en infortunio le condujo á los campos de Montiel, donde sucumbió bajo el peso de fraticida mano, se presta admirablemente al drama: sin duda que autores de nota han impreso á sus obras el sello de la inmortalidad engrandeciéndolas con tan célebre protagonista: sin duda que, atendida esta circunstancia, es un arrojito acometer una empresa llevada á cumplimiento por poetas, cuya escelencia pregonan las cien voces de la fama. Agréguese que no contento Zorrilla con vencer tamaño dificultad, imaginó un plan herizado de escollos que ha sabido sortear con maravillosa destreza. Si consideramos en esqueleto la idea de donde se desprenden todos los hilos de la intriga, no podemos desentendernos de aplicarla el calificativo de arriesgada hasta lo sumo, y sobre todo en esta época de vértigo republicano y de farsantes demagogos. Tal vez parezca absurda una lealtad tan acrisolada que conduzca al que la abriga en su alma, á sacrificar al objeto de su amor en venganza de su rey; mas si esta lealtad reconoce por base la gratitud: si el vasallo se lo debe todo al monarca: si le ha permitido aplacar los irritados manes de su padre con el castigo del homicida: si le ha sacado de la hez de la canalla para que respire el ambar que impregna la atmósfera de los salones régios: si en fin la amada del vasallo es hija del que asesina á su rey, lo absurdo se convierte en verosímil, lo repugnante en moral, y las probabilidades de una derrota en uno de los mas señalados triunfos á que puede aspirar un poeta en los prosáicos y mezquinos tiempos que alcanzamos.

Sin advertirlo hemos delineado el carácter del capitán Blas Perez que es la creacion del drama á cuyo lado brilla con rasgos no menos felices la hermosa figura del animoso cuanto infortunado D. Pedro. Campean en la accion estos dos personajes sin menoscabo de los demas que forman el conjunto de la obra, pues entre la lealtad del zapatero, y la valentia del monarca, que lucha heroicamente con la adversidad de su destino, se divisan bien á las claras la astucia del supuesto Juan Pascual, la arrogancia de D. Enrique, la escesia buena fé de Men Rodriguez y la alevosia del francés Claquin; y en todos advertimos fieles copias de los originales que la tradicion y la historia nos transmiten.

Lejos de seguir el señor Zorrilla por trillada senda para el desarrollo de su brillante concepcion se ha creado un género que participa de Calderon y Shakespeare, sembrando en el espacio de complicada intriga, escenas caballerescas y cuadros sombríos y tenebrosos,

que acrecientan el interés nunca interrumpido del drama. Si entráramos en detalles, vendríamos á reducirlo á la expresion minima de donde lo sacó su autor, desharíamos lo hecho y daríamos en imperfecta miniatura un traslado infiel de un pensamiento gigante; así que solo harémos mencion de lo que mejor nos ha parecido entre tan abundantes bellezas. Sin pasar del primer acto, y sin que por otra parte nos detengamos en esplicar el hermoso artificio con que se prepara toda la accion en la aldea de Juan Pascual, cercana á Sevilla, admiramos la escena que tiene este con D. Pedro, quien le compromete á ir á la corte para que lleve el peso de los negocios; ya que se habia lamentado de lo mal que andaban, y dicho que un hombre como él bastaria para hacer nadar al reino en una océano de delicias. No sabemos que escena elegir del segundo acto, porque nos parecen todas acabadas, á no ser que demos la preferencia al final por lo nuevo, lo sorprendente, y lo altamente dramático. Del tercero tenemos por sublime el momento en que fascinado D. Pedro, lucha con la sombra de D. Enrique, y en que el poeta da vida á los pensamientos que combaten la mente del monarca para trasladarlos de un modo visible á la del espectador. Pero donde nosotros hallamos mayor originalidad, mérito mas insigne es en el acto último que pasa en la tienda de Beltran Claquin. Hay acontecimientos históricos que nadie ignora y á que van unidos nombres que conocen todos: emana de aqui que cuando el público acude á ver en escena estos sucesos y estos personajes, desconoce el rumbo por donde los hará marchar, el que los saca á luz, hácia un término que el espectador lleva fijo en su memoria. Si por ejemplo se anuncia un drama, cuyo protagonista sea D. Alvaro de Luna, es natural y casi positivo que el desenlace consista en la muerte del privado de Juan II en la plaza de Valladolid. Una produccion donde resalta entre conocidos é importantes personajes D. Pedro de Castilla (llamado el Cruel), cuya figura lo llena todo, da margen á presumir con fundamento, que ha de tener fin con la lucha de los dos hermanos en que vence D. Enrique, merced á la villanía de du Guesclin; y con pronunciar este aquella menguada y sabida frase *Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor*. Bueno que el triunfante bardo enarbole su pendon en albricias de victoria alcanzada con infame alevosia: aun no decaerá el interés, aun acabará el drama sin sombra de languidez. Pero ir mas allá, pretender efectos que den mas realce á lo escrito, aventurar el éxito de una obra lanzándose á las regiones de la fantasía, y salir airoso de tentativa tan temeraria, es en nuestra opinion rayar á desmesurada altura, es un esfuerzo del genio, es hacerse acreedor á distinciones merecidas de pocos.

El Zapatero y el Rey ha sido puesto en escena como lo requería un asunto tan hábilmente manejado. Parte no pequeña de gloria le cabe al señor Aranda que despues de Enriquecer los teatros de Zaragoza y Sevilla con excelentes decoraciones, enriquece el teatro de la Cruz con otras que superan en mérito á las que hemos visto hasta el día. Contamos en este número á la que se estremó en el tercer acto, y que representa una plantaforma, guarnecida de murallas y con cuatro torreones en los ángulos, dividiéndose en lontananza el campamento de don Enrique y entre varias tiendas la de Clauquin donde se iza el farol que promete socorro al vencido monarca de Castilla.

Para que nada faltase han vestido los actores ricos y adecuados trages, esmerándose ademas en el desempeño de sus respectivos papeles. Han brillado Noren en el de Juan Pascual; Lombía en el del Zapatero; Mate en el de don Enrique; Pizarroso ha dado al de Clauquin el colorido de mala fé que distinguió en España á aquel francés *sin mancilla*. Hace mucho tiempo que no vemos en nuestros teatros una pieza tan bien ejecutada. De intento hemos dejado para el último al señor Latorre que ha añadido un magnífico lauro á los muchos que orlan sus sienes. No es la fama de este eminente actor una de aquellas á quienes nadie osa por la fecha que traen de antigüedad: no es su reputación de las que se nutren y sostienen con abortos del *Ambigu comique* y de la *Gaité*; antes bien si recorremos la historia de nuestras modernas producciones dramáticas se nos ofrecerá siempre á la vista el señor Latorre como el primero, y elevándose á una línea vedada á todos. Su último papel no hace sino corroborar nuestro aserto. La íntima amistad que nos liga á Zorrilla, nos ha proporcionado oír de su boca que ha interpretado fielmente su pensamiento, y superándole en muchos pasajes; para decirlo de una vez, creemos que solo á Latorre le sea dado desempeñar cumplidamente el papel de don Pedro. Zorrilla y Latorre son los héroes del triunfo á que han contribuido todos: en diversas representaciones se les han arrojado coronas, y se les ha llamado á la escena repetidas veces. En fin, no conservamos memoria de un éxito mas satisfactorio, de una victoria teatral mas señalada.

A. FERRER.

Historia anecdótica del siglo XIX.

EL SEGUNDO SOL.

I.

LOS BAÑOS DE SPA.

Si hay en el mundo un sitio delicioso para

tomar baños es sin duda Spa: encuéntranse allí reunidos todo lo pintoresco de una naturaleza silvestre, y todo lo confortativo del esmero mas esquisito: puede allí uno ser poeta por la mañana y epicúreo por la tarde; en fin, solo dista punto tan ameno treinta y seis leguas de París, cuya mayor parte se anda por camino de hierro.

Hé aquí poco mas ó menos el régimen higiénico que observaba uno de esos que se creen enfermos y que se hallaba en Spa en la última temporada. Pobre escritor perseguido en invierno por los bailes, los espectáculos, el estudio y el torbellino del mundo, necesitaba para su curación de aires puros, risueñas campiñas, distracción sin fatiga y aun quizá, hablando en rigor, de tomar aguas minerales.

Dispertábase muy de mañana, recorría los campos, iba á visitar la magnífica morada de Justenville, se sentaba á la sombra de las ruinas del antiguo castillo de Franchemont, y siempre volvía de sus escursiones artísticas á tiempo de disfrutar los placeres de la *Soirée*.

Entre la multitud brillante y bulliciosa que se reunía en Spa el último año, se veía vagar á una especie de fantasma, á quien nadie podía disputar en conciencia la cualidad de enfermo, pues seguramente no tenía Lázaro al salir del sepulcro, rostro mas lívido y enjuto. Unas veces seguía con fervor el método medicinal del facultativo, que dirige los baños, y parecía adherirse á la vida con todas sus fuerzas: otras se entregaba á peligrosísimos excesos: bebía, no agua sino vino, como cuatro ingleses: invertía las noches en la mesa de juego, y pasaba con desden junto á las humeantes aguas de la fuente del Pouchon.

Se notaba en las costumbres sociales del extranjero la misma desigualdad que en las higiénicas; tan pronto vivía solo y apenas contestaba á los criados que le pedían órdenes, como aparecía solícito, ingenioso, amable para con todos y hacia olvidar la rareza de su traza por lo sabroso de sus pláticas y la dulzura de su voz.

Un día en que se paseaba el folletinista parisiense cerca del manantial de la Sauvenière, absorto en idear la trama de no sé qué novela que traía entre manos, se le acercó de repente el extranjero.

Caballero, dijo sin mas preámbulos, si buscáis materia para un artículo, yo os daré una que se presta en mí sentir á un desarrollo dramático: sentaos si os place, y estadme atento.

Al principio pasa la escena en Copenhague...

Sobrado original é imprevisto le pareció al hombre de letras semejante principio para que la historia no mereciese la pena de ser oída. El anciano enfermo, que se espresaba en francés con bastante facilidad, empleó algunos momentos en concordar sus ideas, apoyó ambas manos sobre sus rodillas, y fijó en su oyente la extravagante mirada de sus verduscos y rasgados ojos.

Como ya os he dicho, repitió, pasa la escena en Copenhague. No hay ciudad en Europa que con respecto á su poblacion, cuente mayor número de colegios. Cristian I fundó alli en 1479 una *alma universitas* con estatutos redactados por el arzobispo de Sieud., dotaciones de tierras é infinitos privilegios: Cristian III la enriqueció con los bienes que antes pertenecian al clero: Cristian VII aumentó el número de profesores, modificó los estatutos dándoles nueva vida, para que la práctica de ellos fuera útil y posible. En el día conceden pensión á 200 alumnos numerosas fundaciones reales y particulares, sosteniendo ademas un claustro donde se alojan otros ciento á quienes se dan gratis la comida y los libros.

Cuenta la universidad de Copenhague 12 profesores extraordinarios y 16 ordinarios: el grado y categoría de los primeros corresponden al grado y categoría de los mayores, sin contar los cuatro escudos que anual y personalmente cobran de la mayor parte de los discípulos que reciben su enseñanza.

Hacia diez y nueve años, once meses y dos días que era el doctor Magnusen profesor de filosofía en la universidad de Copenhague, cuando cayó gravemente enfermo. La muerte de este varon, uno de los mas sábios de Dinamarca, y cuya vida modesta y laboriosa habia sido honrada y pura ante Dios y ante los hombres, dejó á su viuda y á su hija Stierna en una situación próxima á la indigencia. Las legó por toda herencia su biblioteca, algunos instrumentos de física, una casita en el arrabal, y unos tres ó cuatrocientos escudos que solo podian redituirlas cien libras cuando mas. Para subsistir contaban las pobres mugeres con la pensión á que tienen derecho las viudas de los profesores que cuentan 20 años de enseñanza. Mas ¡Ah! faltaban 28 días para que este tiempo se cumpliera, y el rector después de haber consultado á los demas profesores y al ministro mismo, declaró á madama Magnusen con los ojos arrasados en lágrimas que se atendrian estrictamente á la letra del testamento, y que no se inscribiria su nombre en la lista de las pensionadas.

Recibió la viuda esta respuesta á sus pretensiones con mas resignacion que habia imaginado: abrazó resueltamente su partido, y se decidió á vivir con su industria y con el trabajo de sus manos: mas el caso era mas difícil de lo que se figuraba, en vano encargaba á todos sus conocimientos que la proporcionasen labor para bordar ó coser, pues nadie se cuidaba de fiar á unas señoras lo que las costureras harian sin duda mejor y mas barato. Faltó pues á madre y á hija el primer recurso con que contaron, y en el último estremo determinaron sacar partido de su casa, alquilando el aposento y la biblioteca del difunto, admitiendo en fin á dos huéspedes.

Mucho la costó á Mma. Magnusen meter

en su casa á dos hombres estraños y servirlos en cierto modo; mas empleó tanto decoro y tan noble sencillez en el desempeño de su obligacion humilde, que apareció mas digna de respetos y consideraciones. Sus primeros huéspedes fueron sugetos agregados á la universidad y amigos, por decirlo así. Uno de ellos era antiguo profesor extraordinario de teología, el otro un jóven que, con ocasion de los ascensos que originó la muerte del doctor Magnusen, fué elegido para desempeñar la cátedra ordinaria de medicina. Llamábase Bertel Granh, y no tardó en hacerse perdonar de la viuda por sus 26 años, gracias á su conducta irreprochable, á la dulzura de sus costumbres, y á su afición al estudio: no bajaba de su cuarto sino á las horas de comer: dirijia palabras comedidas á Mma. Magnusen, saludaba con timidez á Stierna, y al levantarse de la mesa, volvía á sus tareas científicas, á menos que fuese día festivo y le convidasen á tomar té con su anciano colega y con dos ó tres amigas de la viuda del profesor.

Esta cayó gravemente enferma un año después de la muerte de su esposo: la prodigó el doctor Bertel Granh tan cumplidos esmeros, que consiguió desterrar la calentura que ponía á riesgo la vida de la infeliz señora: celebróse en una fiesta de familia la cura de la convaleciente: bordó Stierna una petaca para el doctor, y este volvió como antes á su vida laboriosa y solitaria.

En esto cumplió el anciano los veinte años de enseñanza, que le daban derecho á la jubilacion, y resolvió pasar los pocos días que le quedaban en el pueblo de su nacimiento. Grave asunto fué este en aquella morada por la pérdida del huésped y la necesidad de reemplazarle. Consultado Bertel propuso á un nuevo profesor, su compañero de infancia, que venia á enseñar medicina en una de las tres cátedras ordinarias de la universidad: vino pues Ole Matthiesen á ocupar el aposento vacante, y no tardó tampoco en ganarse el afecto de su patrona.

Parecia que la ventura habia sentado sus reales en casa de la viuda, y todos los días daba gracias á Dios en sus oraciones, por los consuelos que la otorgaba: no hubiera sido mas dichosa una madre entre sus hijos como lo era ella entre sus dos huéspedes y Stierna, que parecia su hermana: cuidaba del lavado de ropa: desplegaba toda su solicitud para que estuvieran aseados, y por cuanto existiese en el mundo no hubiera descuidado ninguna de las necesidades de la vida material. Era verla por la mañana en zagalejo y con jubon corto, que dejaba á descubierto sus blancos y tornátiles brazos, tender en las cuerdas del patio las corbatas y los chalecos que acababa de planchar, y prepararse para servirles el desayuno apenas daban las siete y media en el reló de la catedral. Nunca aguardaban los dos profesores á la mesa ni un minuto, y marchaban en seguida á la universi-

dad dándose el brazo fraternalmente, no sin recibir los buenos días de Mma. Magnusen, y la sonrisa con que les decían los rosados labios de Stierna, «Hasta luego.» Cuando volvían á las 12 ya había dejado la joven el traje de mañana y vestídose una ropa sencilla, pero que revelaba la delicadeza de su talle sin ocultar los contornos de su cuello de cisne, que se veía en toda su gracia y pureza. Comunmente llevaba recojidos sus blondos cabellos y descubierta su frente de marfil, donde brillaba angelical sosiego. Las grandes pestañas casi negras que cubrían sus pupilas azules, comunicaban á su noble y gracioso rostro cierta tinta de inefable candor que nada tenía de terrestre. Este brillo sobrenatural se veía además en toda su persona: su breve pie no parecía hecho para pisar el polvo mundano: sus manos, ante las que se hubiera puesto de hinojos Thornwalsen, conservaban cierta blancura divina á pesar de los trabajos domésticos: por último, no podía oírse sin emoción su vibrante y melodioso acento. Todo, hasta su nombre de Stierna, que significa estrella en lengua danesa, contribuía á hacer mas completas é irresistibles aquella armonia y virginidad celestiales.

Al ver á los dos jóvenes profesores ir del brazo á la universidad, al saber que eran amigos de infancia y que vivían bajo el mismo techo, cualquiera hubiera creído naturalmente que reinase entre ellos una amistad íntima y una confianza sin límites: con todo nada había de eso: bajo las apariencias de la cordialidad mas afectuosa vivían mas aislados uno de otro que si les separasen enormes distancias. Prontos siempre á prestarse mutuamente los servicios que se les ocurrían, á proporcionarse una nota, un libro, á explicarse el sentido obscuro de un pasaje difícil, jamás habían hallado necesidad de dirigirse una palabra cariñosa, ni depositar recíprocamente en su corazón la menor idea íntima. Ambos graves y melancólicos, apenas levantaban sus ojos sobre Stierna mientras duraba la comida, ni la hablaban sino para responder á sus preguntas: jamás usaba Matthiesen mas confianza que Granh, y este ponía todo cuidado en no traspasar nunca los límites respetuosos en que el otro se contenía.

Mma. Magnusen y Stierna no manifestaban dar la preferencia á ninguno de sus dos huéspedes: mas para ellas era muy natural esta conducta, al paso que en ellos producian cálculos reales un convenio tácito, y una resolución evidentes para personas menos sencillas y menos confiadas que la viuda del profesor y su hija.

Nada cambió al parecer en el trascurso de dos años al menos en las relaciones de aquellas cuatro personas. Solo Ole y Bertel aparecían cada vez mas sombríos y no siempre se bosquejaba en su frente algo de serenidad al oír una reconvencción amistosa de la madre ó un regaño

afectuoso de la hija. Estas atribuían aquella tristeza á las fatigas del estudio; pero ninguno de los dos profesores ignoraba el verdadero origen de su mótua y sombría pesadumbre: cada uno de ellos había leído en el corazón de su camarada. Por mucha cuenta que tuviesen en que no se encontrasen sus ojos mas de una vez había hecho el acaso que se chocasen entre sí las miradas de odio que se lanzaban.

Una noche en que Ole Matthiesen no podía pegar los ojos, saltó del lecho procurando distraerse con el estudio: opio mas activo que el medicinal para embotar las pasiones, suspender la mente y adormecerla con embriagadores vértigos. Absorto en su lectura se estremeció súbito, porque la puerta se abrió de golpe presentándose al umbral la sombría y pálida figura de Bertel.

—No podemos vivir por mas tiempo de este modo Ole Mattiesen. ¿No participas del mismo dictamen?

—Sí, Bertel Granh, replicó incorporándose para cojer dos pistolas que estaban colgadas en la pared. Hace mucho tiempo que lo he pensado. Al tiempo que has entrado me consultaba si iría en busca tuya. Es indispensable que muera uno de los dos.

—Oye: un desafío alarmaría á toda la ciudad, y perdería para siempre al que sobreviviera: precisado á dejar su título de profesor: obligado á salir de Dinamarca ó á sufrir el rigor de las leyes, solo conseguiría satisfacer su odio, y no es eso lo que pretendemos. ¿No es verdad?

—Te comprendo: Ea, pues decida la suerte entre nosotros: el que pierda morirá, pero en secreto, sin que nadie lo sepa, ni haya quien pueda columbrar lo sucedido.

—Cabalmente te iba á proponer eso mismo. Toma esa Biblia y el puñal que llevas á la cintura: aquí traigo yo el mio porque hace un año que no nos los quitamos de encima: dentro de pocos instantes darán las doce en el reloj de la catedral: cuando suene la última campanada clavará cada uno de nosotros su puñal entre las páginas del libro: el que lo clave en la letra mas alta de la gerarquía del alfabeto, dispondrá del destino del otro.

Aguardaron algunos instantes en silencio, bajos los ojos y agitado el pecho hasta que comenzaron á dar las doce. A la última campanada metieron sus puñales entre las páginas del libro santo, profanado por tan sanguinario convenio: cada cual buscó con ansia la letra que le tocaba á su adversario.

—Una D! exclamó Bertel.

—Sí; pero tu tienes una B, repuso Ole.

Reinó silencio mortal entre ambos enemigos: al fin lo rompió Ole diciendo en voz baja y comprimida.

—Sea, cumpliré mi palabra, y no volverás á saber de mí. ¿Qué plazo me concedes?— Tres días.

—No necesitaba tanto: Te la echas de generoso, Bertel, dijo Ole con amarga ironía: Ea, déjame.

Bertel volvió á su cuarto con el corazón oprimido por una mano de hierro: se tenía por mas infeliz mil veces que lo era antes. Lejos de calmar la pérdida de Ole los males que sufría, daba mayor pábulo á su áspera violencia. Hubiera querido volver en busca de su antiguo amigo y relevarle de su fatal promesa, mas halló la puerta cerrada con llave, y cuando llamó suplicándole que abriese, no solo no recibió respuesta, sino que Mma. Magnusen se despertó al oír tan desusado ruido, se envolvió en una manta, preguntó con pena á Bertel si se sentía indispuerto. Desconcertado este respondió afirmativamente, y tuvo que resignarse á beber tisana en abundancia, y á sufrir los desvelos de la digna y pertinaz patrona, hasta que pudo asegurar, sin visos de inverosimilitud que se encontraba ya del todo aliviado. Solo entonces consintió en volver á su lecho Mma. Magnusen felicitándose del buen resultado de sus remedios, y no sin admirar mas que nunca la prodigiosa virtud de la centáurea mezclada al té para curar los baidos de estómago, y los espasmos nerviosos.

Al día siguiente fueron Ole y Bertel á la universidad dándose el brazo como solían; mas no atravesaron entre sí palabra alguna, lo cual sucedía con frecuencia sobre todo si llevaban preparada alguna lección importante.

Cuando volvió Ole á mediodía se encontró con una carta que le habian llevado mientras faltó de su casa: la abrió, y luego que tendió los ojos por su contenido dió muestras de una alegría escesiva.

—¡Buenas nuevas, exclamó! ¡Ya soy rico! un pariente lejano me deja una fortuna considerable, ¡cien mil escudos! Necesito marchar mañana al amanecer á Holstein donde se hallan mis nuevos dominios. No dejaré mas sentimientos en Copenhague que se separarme de amistades como la vuestra Mma. Magnusen, como la de la señorita Stierna, y como la tuya, querido Bertel: permite que antes de nuestra despedida use contigo el language de un hermano.

Bertel, voy á escribir mi renuncia de profesor: tú se la entregarás al rector Magnifico suplicándole disimule la premura de mi repentino viaje: le instruirás de la necesidad que me obliga á salir inmediatamente de Copenhague. No llevaré ningún equipaje, y así caminaré mas de prisa. Puesto que paso de una vida pobre á otra vida brillante y de placeres, quiero hacer testamento de mi agonizante miseria. Mma. Magnusen heredará mis dos cubiertos de plata: la señorita Stierna aceptará esta sortija que fue de mi madre, y á Bertel le dejo mis libros, pues ya no me sirven de nada.

1.^a SERIE. TOMO I. 11.^a ENTREGA.

Decía esto con tanta alegría y con tan ingenuo aturdimiento que dudaba el mismo Bertel si era real la supuesta fortuna de Ole.

—¡A la mesa! continuó este. ¡A la mesa! sirvanos Stierna esquisitas confituras, salga de la cuba el vino de Francia como en los dias festivos. ¿No teneis por fiesta, amigos míos, el día de mi fortuna y de mi libertad.

Sentáronse á la mesa y terminada la comida, chocaron las dos mugeres sus copas con la del viagero, y este presentó á Bertel un enorme vaso de vino.

—¡Que pálido estás! le dijo, sabes que no deja de ser extraño que se entristezca el que se queda cuando se regocija el que se vá! fuera llantos y pesares! Abracémonos, hermano, y adios.

Al decir esto le dió una palmada, besó sus dos mejillas, abrazó á Mma. Magnusen: conmovida Stierna se adelantó y brindó su frente á los labios de Ole. Entonces se anubló la falsa alegría del jóven, sus ojos se hincharon de lágrimas, interrumpieron su voz los sollozos, y estuvo á punto de desmayarse. Le vieron luchar por algunos instantes contra aquella cruel emocion, mas la dominó en breve, imprimió sus labios en los cabellos de la linda jóven, y se alejó precipitadamente.

Llegado que hubo al fin del arrabal de Copenhague se detuvo, agitó su pañuelo en señal de despedida y desapareció.

Yá hacia tiempo que no se le distinguía y aun permanecía en el umbral Bertel inmóvil, pálido y aterrado.

—¡Que jóven tan bueno! murmuró Mma. Magnusen, y no hemos de volverle á ver mas.

—Si le volveremos á ver, exclamó Bertel, porque voy á detenerle, quiero estorbar que lleve á cabo tan funesto viaje.

Y ya salía á la calle cuando oyó los sollozos de Stierna y vió las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Ya es tarde, dijo conteniéndose, ya vá el carruaje muy lejos hácia el camino de Holstein.

Fuese por fatiga ó por hallarse conmovido, aquí suspendió el anciano su narracion por algunos instantes.

EL CORSE, LA MODA Y EL MEDICO.

Tenia una madre tierno cariño á su hija que desde la mas tierna infancia, habia sido el objeto de sus caricias y desvelos. Esta señora que veía los adelantos de su niña hácia la edad mas

placentera y risueña de la vida, meditaba seriamente sobre la acción que la moda en el vestir produciría en la organización de una señorita cuya contestura había causado más de dos disgustos á la familia. Las reflexiones, escrúpulos y temores del cariño maternal eran causa de que diariamente dirigiese preguntas al médico de la casa sobre su opinión acerca del corsé. Es posible, decía la mamá, parecer bien en el Prado y reuniones sin un traje elegante y talle esbelto, ó por mejor decir, sin el corsé que es el armazón y modelo de los talles graciosos.

Concibo, señora, decía el médico, la indecisión de una mamá sobre el uso del corsé, cuando mira á su hija en edad en que el deseo de agradar anima el espíritu. Hace mucho tiempo que esta cuestión ha sido agitada y siempre sin resultado, siempre el corsé ha triunfado de la razón médica y de los filósofos. Siglo de revoluciones será el siglo XIX, había dicho Diderot. Ellas renovarían el orden social hasta en sus más pequeños elementos. El filósofo de Ginebra, discípulo de la misma escuela, ha triunfado en muchas opiniones sobre sus contemporáneos por sus elocuentes declamaciones. ha convencido á las madres á servir de nodrizas á sus hijos (y ójala no se olvidara tanto este principio) sus doctrinas han conmovido los estados, levantado los pueblos contra los reyes y deprimido los grandes; la Europa ha sido trastornada durante cincuenta años, la sociedad removida por los cimientos, y sin embargo, este grande escritor á pesar de sus esfuerzos contra las máquinas de ballena transformadas en corsé, no ha ganado un solo paso. En vano ha comparado con sutileza la mujer con corsé á una avispa que parece partida en dos; la palabra estuvo en boga, pero el corsé quedó. Cuantas reformas ha verificado la sociedad desde aquel tiempo. Pedro I humilló y disolvió la temible milicia de Strelitz y apenas se murmuró obligó á los rusos que se cortase las barbas y fue amenazado. ¿Qué hubiera sido si hubiera proscrito las máquinas de ballena de las señoras rusas ó alguna cosa de su toilette. El emperador José II prohibió en sus estados el uso del corsé, ordenando que solo las condenadas á trabajos forzados pudieran usarle como señal de infamia; todo fue inútil al cabo de algunos años.

¿Cuál es pues esa potencia formidable que vence á los reyes filósofos y médicos, á la razón y el buen sentido? ¿Quién no conoce, señora, á la moda cuyas decisiones son imperiosas y los fallos sin apelación? La moda gobierna al mundo y para el sexo femenino es la sola soberana que reina y gobierna. Todos se inclinan y doblan la rodilla ante su cetro brillante y ligero. Sábios é ignorantes, grandes y pequeños, todos admiran y adoptan.

¿Pero cuántas veces su pesado yugo, su despotismo fiero, nos impele á ridiculeces y tormentos que solo su invencible imperio las hace soportar? Por ejemplo el asunto en cuestión.

No hay ley escrita que sea más estrictamente observada que la moda.

La moda manda á las mujeres comprimir su delicado talle en el corsé, y se obedece; ordena que el suave y sensible pecho de una joven virgen sea oprimido entre pedazos de ballena y láminas de yerro, y se ejecuta; ordena sujetar el cuerpo tierno y flexible de una doncella, impedir su respiración libre, su marcha, sus juegos, el movimiento de sus brazos &c., y nadie se opone. ¿Puede darse mayor tiranía, un poder más grande en el mundo cuya tiránica voluntad sea más rigurosamente ejecutada? En vano la razón grita y se levanta contra tamaño abuso del poder, todos los oídos se cierran, la razón aconseja y la moda ejecuta á su capricho.

Pero hay una cosa bizarra en la moda del corsé: todavía no ha perdido su carácter de inmovilidad. No puede decirse esto es de ayer. Excepto algunas ligeras modificaciones, el principio es el mismo para el corsé: ha sido, es y será una especie de camisola de fuerza, una máquina de presión contra los órganos más importantes de la economía.

Addison observador ingenioso, ha dicho, que en su tiempo vió el peinado de las damas, subir y bajar hasta treinta grados; pero el corsé que ha podido variar en su forma, se ha sostenido siempre con respecto á su acción.

Hé aquí, señora, porque la cuestión trata por tantas academias y doctores, no ha tenido resultados satisfactorios. La moda más persuasiva que la elocuencia, más poderosa que la medicina, que el deseo de la comodidad, de la salud y de la vida, vencerá siempre.

Trátase sin embargo de la salud de una niña delicada, y á pesar de lo poco que se adelanta en emitir opiniones sobre materias en anti-moda, diré mi parecer; esperando que la suprema gobernadora del mundo moral por uno de sus tantos caprichos, nos arrebaté á la francesa la máquina infernal y atavios.

¿Qué diría la más elegante y caprichosa del sexo femenino si seriamente se le propusiera comprimir fuertemente hoy, mañana, al otro y cada día, uno de sus miembros delicados? En vano se le repetiría; cuanto más delgado, más elegante y bello; gritaría contra tamaño suplicio y con razón. Además del dolor la parte comprimida no tardaría en disminuir de volumen, enflaquecer y marchitarse; las carnes pálidas, delgadas y sin vigor, no gozarían de su actividad natural, de sus movimientos fáciles y prontos; los vasos disminuirían de calibre, los nervios se consumirían y el delicado brazo perdería las dos cualidades principales de todo

lo que tiene vida: la fuerza y la belleza. ¿Pensais, señora, que la misma compresion ejercida sobre el cuerpo, sobre el pecho y vientre, cavidades donde residen los órganos mas delicados, mas importantes á la vida, los que presiden al desarrollo de la organizacion no debe ocasionar efectos mas desastrosos? Estos órganos ó visceras comprimidos, empujados, aglomerados, sufren cambios en su posicion respectiva, pierden el desarrollo indispensable á su accion, á su energia, y obsérvese que esta presion abraza una superficie muy estensa dilatada y precisamente donde se encuentra el origen de nuestra existencia. La edad de la pubertad es la edad en la que los pulmones y el corazón gozan de mayor actividad y energia. Asi era necesario para que los demas órganos se desarrollasen y creciesen con rapidez. La sangre, elemento vivificador de nuestra economia, se purifica en los pulmones y es impulsada por el corazón que hace oficio de máquina hidráulica que riega todo nuestro cuerpo. Si deteneis en el mejor tiempo, en la época de su mayor auge y vigor la accion de órganos tan necesarios, ¿cómo quereis que la naturaleza trabaje por ayudar el *nisus formatibus* que le entregó el Criador al tiempo de la concepcion. Seria una temeridad pedir á la vegetacion el desarrollo y lozanía de un naranjo que encareclaseis en un barril de aceitunas.

Esto mismo sucede con el corsé mal que les pese á los partidarios de su uso. Solo siento, señora, que no tengais conocimiento del cuidado y diligencia que ha puesto la naturaleza en la formacion del pecho, cavidad de donde sale el soplo vital. No puede formarse con mayor arte y perfeccion un fuelle mecánico que sube y baja, que se dilata y comprime voluntariamente si, pero siempre con relacion á las necesidades del individuo. Y la naturaleza siempre previsoramente debia tener en la mente cuando tal artificio, formó, los compromisos en que podia encontrarse el ser á quien dotaba de tanta superioridad sobre los demas. La estrechidad anterior de una de las costillas que pusiera yo en este momento sobre vuestra mano, bastaria para convenceros de la justicia y veracidad de mi opinion. Ella está formada en la parte que acabo de citar de una testura sumamente elástica para los momentos en que una grande inspiracion sea la necesidad del momento.

Tomad una cotilla antigua ó un corsé moderno en vuestra mano, medid su altura y diámetros; y despues que haya sido apretado hasta el grado que pide la moda, y consiente el sufrimiento, despues que la doncella haya salido asustada y pálida de los grandes esfuerzos que le ha costado el corsé de la señorita, adormecida la mano por la impresion del cordon, compárense sus diámetros con el cuerpo delicado de la persona que lo lleva y admiracion causará el grado de reduccion que sufre el pecho y vientre. Esa señorita se dirige á paseo y

tal vez un incidente pueda hacer necesario la libertad en los movimientos, y el rígido corsé oponerse á la voluntad de la paciente y su necesidad. Tal vez allí mismo se le suplica y ruega, que Julita su amiga quiere tener el gusto de verla sentada á su mesa, y aquella pobre señorita apenas podrá introducir en su estomago lo necesario para vivir aquel dia, so pena de sufrir un vahido, desmayo ó un accidente un poco mayor que convierta el dia de placer y felicidad en sustos y compasion, en comentarios y murmuracion; porque no faltará quien la culpe de glotona y poco práctica en los reglas del buen tono. Ella la pobre que alimentaba su necesidad con alguna tercera parte del ala de una perdiz &c. A la vez sus amigas, por temor ó por imitacion, por debilidad en los nervios, ó por estar afectas de ellos, sufrirán la misma suerte ó peor: y hé aqui toda la casa convertida en un hospital; para cuya epidemia serán necesarios tres ó cuatro doctores en la ciencia del viejo de Cos.

(Se concluirá.)

LIC. J. CALVO Y MARTIN.

POESIAS.

10 de Octubre.

Canto una flor que va desventurada
De mil ayes en raudos torbellinos
A perderse en el viento, deshojada
Despues del crudo y áspero camino:
Graciosa fué; mas, pronto malograda!
Tan pronto perecer fué su destino...
Era la flor de la esperanza mia,
Y morir en su abril, triste, debia.

Pobre flor que á la sombra del deseo
Creció en el corazón dulce y lozana!
Ella fué mi delicia y mi recreo
Desque su cáliz desplegó temprana:
Ya nada de ella por mi mal poseo,
Si no el vapor de su memoria vana;
¡Pobre flor, que tan pronto ha perecido
Y, pobre el corazón que la ha perdido...

Vendrá la aurora prodigando amores,
Amigos besos repartiendo al prado,
Y perfumes, matices y primores
Soltando de su velo nacarado:
Su vuelta los alegres ruiseñores
Celebrarán, y el valle y el collado;
Las fuentes con su plácido murmullo,
Y las hojas del bosque con su arrullo.

Mas ¡ay! mi pecho en su mortal tristeza
Esquivará del día la hermosa,
Despreciando su lumbre y su pureza,
Porque perdió la flor de su ventura:

Tu al incierto bajel rumbo señalas:
Del piloto mitigar los afanes:
Risueño un día en tus flexibles alas
Surqué las ondas y vencí huracanes,
Y hallé un confin de portentosas galas,
Que coronan torrentes y volcanes:
Bosques vírgenes pueblan ecos vagos,
Cisnes habitan sus profundos lagos.

Bajo el dosel de sus gigantes palmas
Hay de jazmines pintoresca alfombra;
Es solemne el silencio de sus calmas,
De sus tormentas el rugido asombra:
Trueno la voz de Dios, temen las almas,
Pierden los ojos luz si ven su sombra
Que proyecta á lo lejos en la cumbre
De relámpagos mil cárdena lumbre.

Colosos rios sus cristales rizan
De escelsos montes á la inmensa falda,
Y con jugo benéfico matizan
Sus contornos de rosa y de esmeralda,
Y en sus giros la tierra fecundizan
Tejiendo en ella espléndida guirnalda,
Cuyas flores sin fin son en conjunto
Mansion amena y del Eden trasunto.

De aves sin cuento la escelencia abonan
Ricos esmaltes de amarantho y oro,
Y semejan los cantos, que pregonan,
Música dulce de celeste coro:
Cuantos matices de esplendor blasonan
Prenda son del insigne *toco toro*:
Gallardo es el *sunsun*, y en su plumage
Púrpura ostenta el *cardenal salvaje*.

Privilegio es también de su comarca
El influjo sentir de todo clima,
Allí el sol de los trópicos monarca
Sauces y arenas con su fuego avima;
Otras veces allí la vista abarca
En el llano aridez, nieve en la cima,
O dan los aires sobre el mismo suelo
Flores al campo y á las aguas hielo.

Fanales de sus noches solitarias
Sus mil *ecuyos*, cual la luz brillantes,
Del cielo desprendidas luminarias
Por su espacio infinito ván flotantes,
Sus riberas mostrando hospitalarias,
Norte de los perdidos navegantes,
Y á ellas arriban, y en hogar tranquilo
Hallan amor y fraternal asilo.

Reverdecen los mustios corazones,
Dulce país, sobre tu amante seno,
Y las ya moribundas ilusiones
Brotar se ven de tu recinto ameno;
Cándidos tonos, apacibles sonos,
Tus brisas traen con su bullir sereno,
Que alumbra mi razón, mi fe sustentan,
Y en mi harpa vibran y á cantar me alientan.

A. FERRER DEL RIO.

LA REGINA DI GOLCONDA,

OPERA SEMI-SERIA DEL MAESTRO DONIZETTI.

El magnífico recibimiento que la *Reina de Golconda* acaba de obtener en Italia, nos habia llenado de esperanzas, al oír anunciar su aparicion en nuestra escena. Era para nuestro deseo el triunfo alcanzado con esa *partitura* por la *Abbadia*, presagio lisonjero del que con ella debia lograr la señora *Perelli*: nos prometia una noche de música, ya que tantas llevamos de ruido, el esmero con que se nos antojaba que, como quien se apellida *artista* y no debe tener en menos la calificación de *buen compañero*, procuraria cada cual desempeñar su parte en una ópera nueva para Madrid y cantada á beneficio del señor de Salas: en una palabra, veíamos en el buen éxito de la primera representacion la mudanza de fortuna de nuestra empresa lirica, la vuelta de la sociedad elegante á su natural querencia, y una ocasion continua de desahogo para nuestra índole, de suyo mas inclinada á encomiar que á señalar defectos. Pero nuestras esperanzas han muerto en flor: porque, en vez de la ópera del maestro *Donizetti*, la señora *Perelli* y compañía, nos han hecho oír una composicion *suya*, de la cual, sea dicho sin ofender á nadie, no está el público muy prendado.

Que la mala suerte de esa obra del mas fecundo de los compositores del día se deba imputar á escasez de mérito, solo estaria averiguado cuando se pudiera dar por sentado que la ejecucion habia sido buena; mas semejante asercion pasaria de la raya de la indulgencia, y descubriría ó poquísimos alcances, ó sobradísima malicia. El fallo del público ha condenado á los actores, y en nuestra opinion, que hasta ahora nadie ha tachado de parcial en su favor, la sentencia es justa. Lo que no ha sido desfigurado ha merecido la aprobacion general, y aun en los trozos maltratados por los cantantes se han notado por los menos versados en la música la viva y graciosa inspiracion de *Donizetti*, y su feliz talento para hermanar los caprichos de una fantasía cómica de las mas risueñas con los dulces acentos de sus sentidas melodías.

Cual haya sido la causa de un empeño tan conocido en deslucir la ópera nueva, se nos antoja fácil de columbrar, si bien, respetando cuanto pertenece y atañe á lo interior de la conducta privada, nuestra perspicacia se detiene en los bastidores y no pasa del telon. Sin embargo, no habiendo medio entre la mala voluntad de un cantante y su falta de disposicion para salir adelante con su parte, claro está que la desgracia de la *reina de Golconda* envuelve una acusacion terrible ó contra la inteli-

gencia, ó contra el corazón de los artistas que á ella han contribuido. Podría decirse: que la *partitura* no cuadra bien con las facultades de los que han tenido que encargarse de su desempeño por orden de la empresa. Nos satisface poco la disculpa. Pues qué? esa incompetencia había de ser general? ¿La señora *Perelli* miraría como superior á sus fuerzas el papel de *Alina*, cortado tan á medida de su voz, y tan favorable á su método? ¿Los otros señores, á quienes hemos podido estudiar mas tiempo y en mejores ocasiones, no sacrificarán tampoco su amor propio confesándose vencidos por una pieza que, con algo menos de encono ó de desidia, hubiera podido servirles de título para ir consolidando su aún no asegurada fama?

Duélenos pues haber de atribuir las faltas de esa representación al designio premeditado de *ahogar* la ópera nueva. Si tal fuese, sería muy duro, lo que debiéramos escribir, y muy duro decimos, porque nada nos cuesta mas que censurar á quien queremos. De todas maneras debemos al público nuestra opinión, y los actores disculparán en gracia de nuestra buena intencion el que paguemos nuestra deuda, convirtiéndola en consejo.

Así que les diremos: que ese vértigo de aversion contra una particion ó contra una empresa no es achaque raro en los artistas líricos; mas de una excelente *partitura* ha caído con estrepitosos silbidos por el conato de un cantor. Pero eso no puede salir bien sino á artistas acreditados, en cuyo mérito cree el público por hábito; y cuya gloria los ampara contra el fallo terrible de incapacidad; y no obstante, hazñas tales suelen arruinar muy bien adquiridas reputaciones. ¿Qué no ha de temer un cantor mozo, y que apenas ha dado algunos pasos en la carrera? ¿No sería perniciosísimo engaño el esperar que el público creyera malas óperas de maestros acreditados y no malo el desempeño de partes ya aplaudidas y ahora confiadas á un actor que empieza á ganarse nombre? Además, ¿tan sin vehemencia mueve el amor al arte á nuestros cantantes que no se olvidan de todo cuanto no sea la gloria al levantar el telón? ¿No les revigila otro mundo con otro porvenir el aspecto de un público, cuyos aplausos han de empezar á producir ecos de aprobacion en donde desearan que un buen renombre les prepare favorable acogida? Por otra parte, el entusiasmo escitado por el señor *Salas*, cuando con su gracia y maestría habituales cantó el ária « *Io sognai che disperato* », es una lección severa que no debe menos recibir actor alguno. El público sabía que el señor *Salas* había elegido la ópera por el solo hecho de ser á beneficio suyo la representación, y aprobó con sus palmas y bravos no solo la ejecución del cantor sino el acierto del músico.

Hemos hablado con tanta franqueza, por-

que ya otro periódico ha levantado el velo y explicado, no sabemos con qué derecho ni fin, las desavenencias de nuestra compañía lírica y la empresa. A pesar de no haber sacado nosotros á la calle esos trapos, no hemos pasado sin repugnancia por encima de ellos, y nos pesa á fé que nombres que estimamos, anden por ahí de boca en boca, sirviendo de tema para hablillas, que de todo tienen visos menos de artísticas. En cuanto á la señora *Perelli* nada quisiéramos decir; en primer lugar, porque no creemos que se tome la molestia de leerlos; ya se vé, la prensa está tan prostituida!... cuando no aplaude; y en segundo lugar, porque aun leyéndonos, tal vez interprete desventajosamente nuestros deseos. Pero como desde el principio prometimos un juicio artístico que todavía no hemos completado, nos es forzoso advertirle; que puestos entre la cortesía de españoles y la obligacion de críticos, nos veremos en la amarga necesidad de disgustar á una virtuosa, que hasta ahora no nos ha dado motivo para ensalzar su talento. La *Alina* de *Donizetti* no ha valido mas ni menos que la *Rebecca* de *Nicolaï* ó la *Elodia* de *Eslava*. Verdad es que, según nos anunciaron, la señora *Perelli* estaba enferma. ¡*Poverina*! Si su salud no se robustece, tememos que el empleo de *prima donna* acabe con ella, y sería lástima, porque sus ojos valen un Perú.

Nuestros lectores nos agradecerán el que no les hablemos las bellezas de una ópera, que en realidad no ha podido apreciar debidamente. El periódico mencionado, al referir su historia, la trata con cierto desden. En efecto, cuando se cantó en Venecia pudo haber razon, para que el público veneciano saliera descontento del teatro; pero cuando una actriz como la señora *Abbadia* la ha tomado por su cuenta, no hay persona de gusto á quien haya dejado de parecer una producción que honra á su autor. El que la *Regina di Go'conda* sea obra de 1828, tampoco prueba que carezca de mérito: esa circunstancia explica las causas á que debió el poco favor con que la recibió un público que corría entusiasmado á oír *La Cenerento'a*, *il Barbiere*, *il Turco in Italia*, *la Italiana in Algeri*, y que miraba con tedio cuanto no era de *Rossini*. Por lo demás, extrañamos que se llamen *reminiscencias* los pasajes de una producción anterior á otras, donde si bien se encuentran, no es como tema sino como glosa de lo que en la *Regina di Go'conda* fue inspiracion primitiva.

La que si aceptarán nuestros lectores de buena gana es el elogio del *Pas-de-deux*, bailado en el primer acto de la *Regina di Go'conda* por la señora *Massini* y el señor *Penco*. No es fácil, cuando no se ha visto á esta graciosa bailarina, comprender el entusiasmo con que la aplaude el público madrileño. La naturaleza la ha dotado de un rostro verdaderamente

teatral: sus ojos negros y rasgados tienen la viveza de los de nuestras españolas, y aumentan el fuego de su mirada dos cejas fuertemente pobladas y formando arcos purísimos, desde donde se eleva su frente oval, despejada y serena. La boca, sin ser pequeña, es seductora, terminando en una elevación hacia los extremos, que da á su sonrisa la mas exacta semejanza con la de la maliciosa cabeza de las estatuas de Psiquis. Las formas de la señora *Masini* son bellísimas; tal vez algun anticuario las apeteería menos robustas; pero nuestra poesia es menos severa, y nos contentamos con ellas tales cuales son. El señor *Penco* nos disimulará el que no nos detengamos en dibujar su persona: bástele para su satisfaccion la aprobacion de las damas á quienes hemos oido calificarlo de *bien hecho*. El *Pas-de-deux* nos agradó sobremanera. Tanto en él como en la danza de carácter nos han probado el señor *Penco* y su linda compañera que el baile es tambien un poema, y que se puede con sus bellezas recrear, no los sentidos solamente, sino la inteligencia y el corazon.

* * *

MADRID 16 DE ENERO.

La Bate'ra de Pasages.—Se ha representado á beneficio de D. Julian Romea en la noche del 13: llámase drama porque lo ha bautizado así el señor Breton y nada mas. La Batelera es una jóven liviana, amiga de devaneos, enamorada en sueños de un capitán; así se lo refiere á una compañera, que la reconviene por infiel á la memoria de Pablo su amante, sargento en campaña: la moza se acuerda de él como del primer zapato que se calzó; mas cástate aqui que sale un capitán buscando á una batelera para que le lleve á bordo de un buque inglés, porque lleva una misión para el comodoro: elige el capitán entre varias á la chica de nuestro cuento, la requiere de amores, ella le escucha sin hacerse de penas, y dándole señales de cuan poco tiene de esquiva: entran ambos alegres en el batel, se alejan de la orilla, y concluye el primer acto. Trasladémonos al segundo y á una cantina de los campos de Lodosa, donde se halla el olvidado sargento escribiendo una carta á su desdeñosa amante: el dueño de la cantina, sargento segundo, le refiere como aquella noche ha desertado su mujer en pos de cierto comisario de guerra, y se le ha llevado siete onzas, único sentimiento que le agobia: todo esto sucede para dar tiempo á que llegue la batelera y se halle con Pablo, y le declare sin pararse en barras como ha perdido

su honra, y como anda en busca del capitán para que se la vuelva: á Pablo, que es hombre despreocupado no se le dá un ardite la chanzoneta habida con su novia, ni por eso se disminuye ni en un átomo el acendrado amor que la profesa: firman las paces: se van á paseo los sargentos, se queda la chica disponiendo la comida para los tres, y ya nos sabíamos nosotros que al capitán se le habia de ocurrir presentarse en la cantina: con efecto llega pidiendo lumbre para un cigarro, y en situacion tan bella se reconocen: ella pide su honra, él la ofrece dinero; entonces ella la dá de punto, se la echa de mistica, se sofoca y hasta la dá un desmayo: en esto tocan generala, y el capitán vuela al combate: fin del segundo acto. Tan tenaz era el desmayo que se habia apoderado de la Batelera de Pasages que, al levantarse el telon por tercera vez, aun no habia vuelto en sí; pero recupera sus sentidos poco antes de acabarse la accion, que ganan los nuestros, aunque sale herido el capitán, que lo es de la compañía de Pablo, le sacan en un camilla: *in artículo mortis* siente en su alma el aldabazo de la conciencia (y permítasenos la metáfora) tiene el buen pensamiento de satisfacer la honra de la Batelera: el capellan del regimiento la suplica encarecidamente, que acceda á lo mismo que ella pretendia cuando abandonó á Pasages para buscar al capitán por aquellos mundos de Dios; mas como ya ha mudado de dictamen tiene que mediar el sargento Pablo, llevado del cariño que á él como á todos los suyos les inspira la bravura de su gefe: consiente al fin la moza, y Pablo se presta tambien á servir de testigo, no sin tirarse antes de los bigotes; y vuelve á caer el telon. Del todo restablecido y satisfecho de su matrimonio vemos al herido al empezarse el acto último: al parecer ama entrañablemente á la Batelera, y ha echado á los diablós hasta el recuerdo de una dama de Tudela á quien tenia prometida su mano: despues de emplear algunos instantes en amorosas pláticas, vá la casadita á vestirse de señora: el capitán recibe una esquila y sale al campo con precipitacion: preséntase á poco la Batelera con elegantes atavíos, y viene tambien el sargento Pablo con una solicitud para que le entreguen su licencia absoluta; le acaricia la muchacha para apartarle de su propósito y hasta le estrecha en sus brazos (¡buen ejemplo de casadas!) pero tranquilizense vds. porque luego se arrepiente y torna á su desmayo; del que vuelve para recibir la buena noticia de la muerte de su esposo en un duelo habido con el hermano de la señora de Tudela; lejos de derramar una lágrima siquiera de ceremonia, prometen casarse la Batelera y el sargento Pablo luego que se acabe el luto, porque, como dice su amigo el sargento 2.º, *Dios no es ningún Zur-*

ramplin. Gracias á que la Matilde, y los Romeas, y Sobrado han hecho mas de lo que podia exijirseles, porque sino se hunde *La Batelera* con batel y todo. Hubo al fin de la representación aplausos y silbidos: estos se los aplicamos al autor, aquellos á los actores: verdad es que al autor lo llamaron á la escena; ignoramos si saldria ó no: sea de ello lo que quiera su obra es mala.—¿Hay quien lo niegue?—Las entradas sucesivas lo dirán.

El Zapatero y el Rey.—Ocho representaciones se han dado ya de este drama, concurridísimas todas, sin que disminuyan los aplausos del público.—De las coronas que recibió Zorrilla en la noche del 5 del corriente, ha regalado una al señor Lombardia como recompensa del buen desempeño de su papel.—Aunque el autor ha solido asegurar, por causas particulares, que hacia tiempo se ocupaba de su drama, podemos decir que es obra de solos catorce días.

Los Ecos.—Con este título presentará Zorrilla un nuevo drama en tres actos, destinado al beneficio del señor Mate es obra digna del poeta tan justamente célebre entre todos. Para el beneficio del señor Latorre escribirá otro con el título de *La Bofetada*.

Casada, virgen y martir.—Es un cuadro de costumbres: su autor se empeña en llamarle sainete, nosotros no le tenemos por tal: debe estrenarse este mes en el teatro del Principe á beneficio del señor Fernandez. El cuadro de *los remordimientos*, que presentó el distinguido artista Esquivel en la última esposicion de la academia de nobles artes, le inspiró al poeta la idea de esta produccion, que el público aplaudirá sin duda.

Amor, nobleza y valor.—Este drama de hermoso plan y complicada intriga, se leerá dentro de pocos días en el teatro de la Cruz para ejecutarse á la mayor brevedad.

Están anunciadas para representarse en el mismo teatro la *Tercera dama Duende*, y otra noche toledana.

El día 10 del corriente, falleció la distinguida actriz doña Agustina Torres, uno de los mas bellos ornamentos que ha tenido la escena española. Su cadáver fue conducido en

MADRID IMPRENTA DE D.

la tarde del siguiente dia al cementerio extramuros de la puerta de Atocha, á cuyo acto acudieron la mayor parte de los actores del teatro de la Cruz, y algunos del Principe. Acabada que fué la ceremonia el señor don Carlos Latorre pronunció las siguientes palabras llenas de sentimiento y de verdad.

Señores: Triste y penoso es el deber que acabamos de cumplir, pero esta era la única memoria que podíamos consagrar al mérito y virtudes de nuestra compañera y distinguida actriz. Sin duda Dios al llamarla á mejor vida ha querido premiar lo uno y lo otro. Imitemos su ejemplo y roguemos la sea leve la tierra que la cubre.—El tono con que fueron pronunciadas estas palabras, la soledad de aquel pavoroso recinto, la hora avanzada de la tarde, y la profunda sensacion que causó en los ánimos de todos los presentes, la vista del cadáver de su apreciable compañera, amortajado con el traje de los *Amantes de Teruel*, que pocos días antes habia estrenado, diciendo era su voluntad que cuando falleciera la sirviera de paño mortuario, daban á aquella ceremonia un aspecto de melancólica severidad imposibles de describir.

ANUNCIO.

FEBRERO,

ó

LIBRERIA DE JUECES,

ABOGADOS Y ESCRIBANOS,

comprensiva de los códigos civil, criminal y administrativo, tanto en la parte teórica como en la práctica, con arreglo en un todo á la legislacion hoy vigente. Por el ilustrisimo señor don Florencio Garcia Goyena y don Joaquin Aguirre. Constará esta nueva edicion de ocho tomos en 4.º prolongado, de buen papel y tipos nuevos á 20 rs. cada uno, precio módico comparado con la anterior de Valencia.

Se va á repartir la entrega 8.ª y fin del tomo 4.º

Sigue abierta la suscripcion en la libreria de su editor D. IGNACIO BOIX en esta corte, y en todas las principales librerias de las provincias hasta que se publique el tomo quinto.

IGNACIO BOIX, EDITOR.